



Capítulo 424: Recreación y Creación

La conciencia regresó lentamente, como la marea.

Virgilio no se despertó con dolor ni con miedo. Sólo una suave sensación de flotar. Su cuerpo se sentía demasiado ligero, como si el peso del mundo finalmente se hubiera levantado de sus hombros.

Sus ojos se abrieron lentamente y la luz azul del cielo mundano se extendió sobre él como un manto celestial. El sol colgaba arriba, brillando tiernamente, y suaves nubes flotaban tranquilamente. Una imagen perfecta de serenidad, tan alejada de la guerra, de la sangre y del peso de todo lo que había llevado durante años.

Parpadeó una vez, confundido.

Aqua. Estaba en el agua.

Sintió los largos mechones de su cabello, ahora blanco como la nieve, flotando a su alrededor como algas suaves, tocando su piel con caricias perezosas. Había algo casi sagrado en ese momento —la forma en que el océano lo sostenía, como si la naturaleza misma lo estuviera sacudiendo hasta dejarlo dormido sin fin.

Pero no fue un sueño. Él lo sabía.

Virgilio intentó moverse y entonces lo sintió: dedos delgados y suaves recorriendo su cabello, acariciando sus mechones mojados con cuidado y familiaridad.



"Te tomaste tu tiempo, Maestro..." La voz era dulce como la brisa del mar, ligera pero inconfundible.

Los ojos de Virgilio se abrieron y lentamente giró su rostro hacia la voz. Él lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Esa voz... nunca podría olvidarla.

Pero lo que vio le dejó sin aliento.

Frente a él, sentada sobre el espejo de agua como si fuera sólido, había una mujer. No... un Espíritu Divino. Su cabello era largo y bailaba en tonos de azul brillante, enmarcando un rostro de belleza sobrenatural. Llevaba un vestido etéreo, blanco como el amanecer, adornado con cristales y encaje, y sus ojos —oh, sus ojos— contenían el universo entero reflejado en ellos.

Era imposible no reconocerla, aunque todo en ella había cambiado. Su poder pulsaba a su alrededor como un aura viva, antigua y respetable.

"¿Quién eres tú—" comenzó, sin estar seguro de si quería terminar la pregunta?

La mujer sonrió. Esa sonrisa. Era de ella. Siempre lo había sido.

"Soy yo, tu Viviane", respondió, inclinando ligeramente la cara, como solía hacer cuando jugaba con él en el jardín de la torre. "Aunque he... recuperado todo mi poder original."

Vergil la miró, confundido pero no alarmado. Había algo en su presencia que le impedía sentir miedo. Fue como volver a casa después de milenios de estar perdido.



"Tú..." intentó decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta.

Viviane siguió sonriendo. Su mirada era tranquila y gentil. No había dolor allí. No anhelo. Simplemente completitud.

Se inclinó más cerca y el agua no reaccionó a su movimiento. Ella le tocó la cara con las yemas de los dedos.

"Por fin estás aquí. Te esperé. Todo este tiempo... Te tomó tanto tiempo regresar... fueron dos días..."

Vergil cerró los ojos mientras sentía su tacto. La calma que sentía en ese lugar era casi irreal. Ni siquiera en las profundidades de su antiguo hogar o en los campos floridos del reino de las hadas había experimentado algo tan... absoluto. No era sólo paz. Fue un alivio.

"Pero... ¿dónde estamos?" Finalmente preguntó, con la voz todavía ronca.

Viviane no respondió de inmediato. En cambio, miró al cielo, como si admirara la perfección del mundo.

"Estamos en el océano", dijo finalmente. "En medio de la nada. Donde estábamos antes, aunque Paimon se fue tan pronto como te desmayaste."

Vergil la miró fijamente, tratando de comprender. Pero ella simplemente sonrió de nuevo y eso pareció ser suficiente.



"Estás bien", murmuró, tocándole el pelo otra vez. "Tan hermoso como el día que nos conocimos... Parece que la corrupción mortal ha desaparecido... Ah, finalmente tu cabello vuelve a ser blanco."

Virgilio escuchó algo importante. No importaba. Lo que importaba era Viviane.

"¿Por qué... te ves tan diferente?" Él preguntó.

Viviane bajó la mirada y por primera vez su sonrisa se volvió más... serena, como si un dulce recuerdo pasara por su mente.

"Porque este soy yo. El verdadero yo. Antes de morir y perder todo mi poder, antes de que Sapphire me reencarnara como un demonio... Esta es mi naturaleza completa."

Ella se puso de pie y el movimiento era tan ligero como el ballet de las mareas. Su vestido flotaba a su alrededor como niebla. No había peso en sus pasos. Era como si estuviera hecha de luz y agua.

"Has recreado un arma legendaria", dijo suavemente. "Ya imaginaba que podrías hacerlo, pero reforjar una espada de clase Heroica Divina es toda una hazaña, especialmente para un demonio"

Virgilio bajó la mirada. Por un momento, el reflejo en el agua lo reveló —sus ojos todavía azules, pero ahora más claros. Sus rasgos eran serenos, suaves. Apenas se reconoció a sí mismo.

"Qué extraños... estos sentimientos", murmuró.



Viviane se acercó a él nuevamente, arrodillada ante él en la superficie del océano. Ella le tocó la barbilla y le levantó la cara.

"Gracias, me has dado una muy buena razón para vivir."

El silencio se instaló entre ellos durante varios largos minutos. Pero no estaba vacío. Estaba lleno de todo lo que nunca habían dicho, de cada mirada, de cada toque.

Vergil extendió la mano y le tocó la cara.

"¿De verdad estás... bien?"

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la palma de su mano. "Estoy mucho mejor ahora."

Sonrió por primera vez en días —quizás semanas, quizás siglos. Allí el tiempo ya no parecía importar.

Viviane se acostó a su lado, ambos flotando en las tranquilas aguas. El cielo sobre ellos parecía pintar nuevas constelaciones y el sol no se ponía. Era un lugar fuera del orden natural, donde todo era simplemente... ahora.

Ella se volvió hacia él y apoyó la cabeza sobre su pecho.

"Quiero quedarme aquí contigo un rato", susurró.

Viviane se rió suavemente, como una brisa nocturna.



"Puedes. "Durante el tiempo que quieras."

"¿Y luego?"

Ella lo miró, sus ojos brillaban con infinita ternura. "Luego... nos vamos a casa..."

[Salem... Reino de las Brujas... Torre de la Reina]

El suave tintineo de los cristales mágicos, el sonido amortiguado de los pergaminos que pasan a través de ellos y el sutil zumbido de las fórmulas arcanas que pulsan en el aire. Una sala circular, rodeada de columnas de obsidiana viva y espejos flotantes, flotaba en un espacio más allá del tiempo. Todo allí estaba hecho de magia condensada, pura y refinada, como si el tejido mismo de la realidad hubiera sido moldeado en formas arquitectónicas.

En el centro de la sala, Seris, la Reina de las Brujas, mantenía su mirada fija en una proyección suspendida ante ella: una espiral de símbolos arcanos que giraban lentamente en tres dimensiones, trazando una ecuación vasta y casi indescifrable, con líneas de energía plateada serpenteando alrededor de antiguas runas y fractales dimensionales.

Su expresión era de puro escepticismo.

"Esto... no tiene sentido", murmuró Seris, con los ojos entrecerrados, siguiendo cada componente de la fórmula. "¿Una dimensión... anclada directamente al alma? Y encima... móvil?

En el lado opuesto de la proyección, sentada con las piernas cruzadas sobre un grimorio flotante, estaba Alicia. La niña de doce años balanceaba los pies,



sus ojos brillaban de expectativa, como si esperara un cumplido que nunca llegó.

"¿Ves ese punto de inflexión en la tercera capa cuántica?" Alicia señaló con el dedo, como si mostrara un simple detalle en un dibujo infantil. "Conecta el núcleo del alma con el sello dimensional que adapté del Hexagrama de Lugh y la Magia que usaste para crear Salem. Por eso se mueve contigo. Dondequiera que voy, va también. Es como un corazón extra."

Seris frunció aún más el ceño y su mano temblorosa le tocó la barbilla. Morgana, de pie a su lado, cruzó los brazos y su capa negra ondeó aunque no había viento. La antigua hechicera lanzó una mirada pesada a la proyección, como si cada símbolo fuera una afrenta.

"Esto es absurdo", dijo Morgana con frialdad. "¿Una dimensión interna móvil? ¿Integrado en el alma de un individuo? La idea misma va en contra de las leyes fundamentales de la magia en su conjunto. Eso... sería como romper las leyes de la Realidad y moldearla para uno mismo. Crear dimensiones no es imposible, pero ¿esto? Esto es lo más loco que he leído en mi vida. ¡Y he visto mucho!"



Seris permaneció en silencio durante unos segundos. Todavía estaba analizando la espiral mágica, como si esperara encontrar un defecto, una contradicción. Pero no había ninguno. La lógica era irrefutable. Las matemáticas arcanas eran precisas. Y —por increíble que fuera— elegante.

"Esto no debería ser posible", declaró finalmente Seris. Su tono era más incrédulo que reprochable. "Ni siquiera Merlín o Nimue intentaron algo así. Crear una dimensión es una cosa. Pero hacerlo vivo, íntimo... vinculado a la esencia de un ser vivo? Esto no sólo es peligroso. Está... prohibido."

Alice parpadeó, confundida.



"Pero ya lo hice", respondió simplemente, como si le dijera a alguien que había terminado su tarea antes de cenar.

Silencio.

Sus palabras flotaban en el aire como un trueno silencioso. Seris parpadeó lentamente, como si su cerebro estuviera tratando de asimilar la enormidad de esa afirmación.

"Tú... ¿qué?" le preguntó Morgana, con la voz vacilante por un momento, una rareza para alguien como ella.

"Ya está funcionando", continuó Alice, sin ninguna presunción. Sacó una pequeña piedra de ámbar de su bolsillo y la levantó. Inmediatamente, la ecuación que tenían ante sí se dobló sobre sí misma, transformándose en una grieta luminosa en forma de portal. En su interior se podía ver una inmensidad estrellada: estantes flotantes, objetos imposibles de nombrar, caminos suspendidos en el vacío, todos contenidos en una dimensión que vibraba al mismo ritmo que su alma.

"Eso es... increíble... ¿cómo se llama?" susurró Seris, en absoluto shock.

"La llamé Puerta de Babilonia", dijo Alicia sonriendo. "Es el nombre más genial que se me ocurrió", dijo Alicia riendo suavemente.

"Doce años...y aquí estoy... "Nunca he creado un hechizo Supremo..." dijo Morgana, asombrada.

"Soy sólo un niño...con tiempo libre." Alice sonrió y se encogió de hombros. "Y necesitaba un lugar donde guardar mis creaciones. Los laboratorios de la torre ya estaban demasiado llenos."



Seris dio un paso atrás, como si necesitara distancia para procesar lo que estaba viendo. Ella, que había presenciado el nacimiento de épocas mágicas, que había caminado entre dioses y monstruos, no sabía qué decir. Por primera vez en siglos, se sintió... pequeña.

Morgana, siempre fría y calculadora cuando se trataba de magia, tenía los ojos fijos en la apertura dimensional con algo que rayaba en el miedo.

"Una niña de doce años... creó algo que puede alterar la estructura del alma y abrir espacio para universos internos...", murmuró. "Si esto cae en las manos equivocadas..."

"No lo hará", dijo Alice. "No escribí nada. "Está todo aquí", señaló hacia su propia cabeza. "Y aquí", añadió, tocándose el pecho. "Sin duda, también creé un hechizo de códice que es imposible de descifrar ya que cambia cada 0,2 segundos. Creo que ni siquiera un dios del espacio puede resolverlo. Bueno, no conozco un dios con quien probarlo, pero los dioses son tontos, ¿verdad? ¡No tienen el intelecto para ello, así que todo está bien!"

Seris la miró durante mucho tiempo. Entonces ella suspiró. No fue frustración. Fue un asombro.

"Tú... eres un prodigo más allá de todo lo que he visto jamás. Ni siquiera la Primera Bruja se atrevió a jugar con los límites del Ser y la Realidad de esta manera."

Alice se sonrojó un poco, pero sonrió. No por orgullo, sino porque sabía que algún día podría ser útil. Que podría proteger. Que podría crear, en lugar de destruir.



¡¡Será bueno ayudar a papá!! ¡Necesita un mundo bueno para él y mis mamás! ¡¡Así que necesito crear ese mundo para él para que pueda mimarme sin ningún problema!!" Esos eran los verdaderos pensamientos detrás de la Puerta de Babilonia.

"Funcionará..." dijo suavemente.

Seris se acercó, inclinándose hasta la altura de la niña. "Alice... ¿realmente entiendes lo que has creado?"

La niña pensó por un momento. Luego ella asintió. "Sí. Creé un lugar que sólo existe porque existo. Si muero, desaparece. Si vivo, crece. Es como un jardín. O un corazón."

Por un momento, la sala permaneció en silencio. La grieta mágica todavía brillaba y la ecuación giraba lentamente a su alrededor como un halo de cometas.

Morgana miró hacia otro lado. Por primera vez en siglos sintió algo extraño: esperanza.

Seris se puso de pie. Ella miró el cielo de cristal encantado sobre el pasillo y susurró para sí misma: "¿Cómo llegué a ser la maestra de alguien así..."

Morgana puso su mano sobre su hombro... "Todo lo que el hombre toca se convierte en algo así... ni siquiera pierdas el tiempo intentando entenderlo, madre."